

PIRATAS Y CORSARIOS

Por E. R. L.

Historia de La Habana. - I. Desde sus primeros días
hasta 1565.

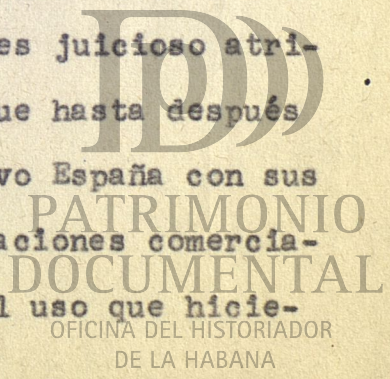
*ver si está
repetido*

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

RAZON DE SU EXISTENCIA.- PRINCIPALES ASALTOS
Y SAQUEOS A LA HABANA Y OTRAS POBLACIONES DE
LA ISLA.

Phillip Gosse en Historia de la Piratería () ^{de} declara que "escribir una historia de la piratería desde los primeros tiempos hubiera sido empresa imposible; comenzaría por parecer una historia marítima del mundo". Y, sintetizando el origen, carácter y razón de ser de la piratería, afirma: "la piratería, como el asesinato, es una de las más antiguas actividades humanas. Las primeras referencias acerca de ella coinciden con las primeras referencias acerca de los viajes y el comercio; puede darse por sentado que muy poco después que el hombre comenzara a transportar mercancías de un punto a otro, surgieron varios individuos emprendedores que buscaron utilidades interceptando estas mercancías en el camino".

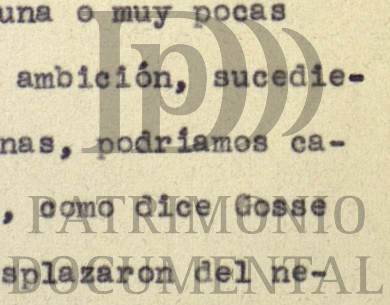
Circunscribiéndonos, primero, al caso especial de los piratas que durante el siglo XVI asolaron los mares que bañan la isla de Cuba y sus principales puertos, es juicioso atribuir su existencia al monopolio comercial que hasta después de la ocupación inglesa de La Habana, mantuvo España con sus colonias americanas, impidiendo que otras naciones comerciaran con ellas. Gosse sostiene () que "el uso que hicie-



ron los españoles de este monopolio fue excesivamente -aunque no exclusivamente- torpe", agregando: "Al igual que otras naciones en el principio de sus empresas coloniales, pretendieron la imposible tarea de impedir todo intercambio entre sus colonias y los extranjeros. España se obcecó en la creencia de que sería de mayor provecho para ella que sus colonias negociasen únicamente con la metrópoli, a pesar de que la nación no podía proveer sino una pequeña parte de las necesidades comerciales de las colonias".

Esta equivocada política dió vida, natural y lógicamente, a la piratería, realizada, primero, y en ocasiones, particularmente, por hombres audaces y temerarios, ansiosos de aventuras y fortuna; y, después y en la mayoría de los casos, al amparo y bajo la protección de las naciones enemigas de España. Las condiciones estratégicas de las Antillas, con puertos seguros y escondidos y grupos de pequeñas islas desiertas o apenas habitadas, --que facilitaban seguros refugios y sitios admirablemente preparados por la naturaleza para el espionaje, el asalto y la sorpresa- favorecieron las incursiones piráticas por estos mares y los ataques a las flotas que llevaban metales preciosos y mercancías codiciadas de América a España, así como los saqueos de poblaciones pequeñas e indefensas.

A los primitivos piratas, poseedores de una o muy pocas naves y armados únicamente de su valor y su ambición, sucedieron, bien pronto, lo que con palabras modernas, podríamos calificar de empresas o trusts piráticos, que, como dice Gosse () "absorbieron a los pequeños y los desplazaron del ne-



gocio", constituyendo grandes organizaciones, que "progresaron de tal modo, que ningún grupo de barcos mercantes aún de los mejores armados, se hallaba seguro contra sus ataques".

Estas organizaciones lograron, por su importancia y eficacia, la alianza, expresa o tácita, de los Estados, que por ello se convirtieron también en piratas y realizaron el corso, atacando las naves y los puertos de los países enemigos, por motivos políticos, comerciales, dinásticos o religiosos. El pirata, bandido, sin Dios y sin patria, llegó a convertirse en héroe nacional y mantenedor de la fe. De este modo "la piratería, en sus momentos de auge, deviene parte principal de la Historia".

La aguda restricción comercial española llevó forzosamente a sus colonos de América a negociar con los piratas, comprándoles aquellos productos que España no exportaba y ellos si poseían. "Esta necesidad fundamental -dice Gosse- explica el éxito de Hawkins y sus semejantes durante el segundo tercio del siglo XVI". Y los piratas, no contentos con este tráfico, llegaron a convertirse en colonos, a fin de mantener "un comercio permanente con los vecinos españoles".

Si a los piratas se les acusó en todo momento de despiadados, crueles y sanguinarios, no lo fueron menos los españoles, al defender contra aquéllos su monopolio. Basta citar la suerte de la primera colonia pirata, fundada por los franceses en Florida el año 1562, que "fué despiadadamente extirpada", como afirma Gosse.

Los franceses fueron los primeros en atacar y romper el monopolio español en América. Y a Cuba tocó el puesto promi-

nente en esas depredaciones, por ser esta Isla, y especialmente su puerto de La Habana, lugar de escala de los galeones que traían los dineros de la metrópoli y llevaban a ésta los metales y productos del suelo americano. Y "los corsarios franceses pronto aprendieron -según sostiene Gosse- las rutas favoritas del regreso de los galeones cargados de oro y sabían rondar por las costas de Cuba y Yucatán y los estrechos o pasos de La Florida, en espera de una rica presa".

Las diversas guerras mantenidas por España con Francia desde los tiempos de los Reyes Católicos convirtieron las hazañas de los piratas franceses en América en motivo de regocijo y hasta de orgullo para los monarcas galos, que, como es natural, dispensaron su protección a quienes de tan eficaz manera cooperaban en la lucha contra los españoles.

A los franceses se sumaron bien pronto los ingleses, atraídos por el oro de las Antillas y el palo del Brasil. Y el éxito alcanzado por los primeros piratas de una y otra nacionalidad, provocó en tal grado, según afirma Guiteras (), la avaricia de franceses e ingleses, que el Océano se cubrió de corsarios, y los astilleros de la Rochela y otros puertos de la costa de Bretaña y Normandía estaban llenos de naves dedicadas a la persecución de la navegación española".

Dos sistemas adoptó España como defensa contra los piratas y corsarios: el envío de escuadras que convoyaran a las naves que hacían el intercambio comercial con las Indias, y la fortificación de las plazas más importantes de las Antillas, y entre ellas, de La Habana.

Pero de nada sirvieron uno ni otro; la piratería continuó extendiéndose al calor de la causa que era su razón de existencia: el monopolio comercial español; y lejos de decrecer, a ella se dedicaron aun los propios españoles, afectados también por dicho monopolio, de cuyos beneficios sólo podía disfrutar el Estado. Así, el extranjero, como el español, que quería traficar en América, tenía forzosamente que convertirse en pirata, poniéndose fuera de la ley y bajo la amenaza de penas severísimas, por el simple hecho de comerciar, quedando equiparados, en persecución y castigo -como apunta Guiteras-, el desalmado pirata y el pacífico mercader.

La trata de esclavos negros africanos -convertida también en otro monopolio- favoreció aún más el incremento de la piratería; dedicándose unas veces los piratas a capturar los barcos negreros, y otras, a traer directamente de Africa los negros que como esclavos vendían luego a los castellanos, o cambiaban por productos del suelo americano.

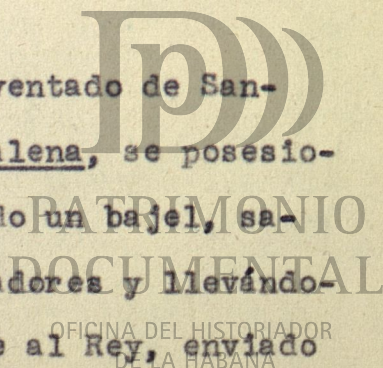
Y, según Guiteras () "los gobiernos extranjeros, lejos de dar oído a las quejas de la corte de Madrid, así que vieron el éxito de estas expediciones, respondieron hipócritamente que no reconocían como súbditos a aquellos aventureros, y al mismo tiempo los empezaron a animar, autorizando la formación de compañías para armar expediciones clandestinas en las cuales tomaba parte lo más granado del país, llegando la moralidad pública de la época a extraviarse a tal grado, que hasta los soberanos interesaban en ellas su peculio privado".

En enero de 1537, y al mando de Blasco Nuñez Vela (),

vino la primera armada compuesta de once barcos, para proteger la remesa anual de plata "real y de particulares" que de Indias se mandaba a España. Se supone que tocó en Santiago, sin que haya prueba de que hiciera escala en La Habana, como sí lo realizaron las siguientes, desde 1541, fecha que señala la determinación de La Habana como punto de cita en la ruta que debía seguir el comercio entre Tierra Firme, México y España; y lugar, al mismo tiempo, según afirma Miss Wright, "donde había de adquirir vigor la defensa por tierra del comercio español, como complemento de la defensa marítima". En efecto, en 1538 se decidió la Corona a fortificar esta plaza, según se explicará más adelante.

Aquel mismo año de 1537, un corsario francés se presentó en La Habana, permaneciendo anclado en el puerto durante más de tres horas, y retirándose, después de haber observado los buques españoles que en él se encontraban, rumbo al Mariel, hasta donde lo persiguieron y combatieron tres de los cinco navios españoles que había en La Habana; mas, por accidente del viento adverso, tuvieron éstos que ser abandonados por sus tripulantes, quemando dos el francés, y llevándose otro, no sin antes asaltar, saquear y quemar la Villa. Es posible que en este incendio se perdieran, total o parcialmente, los Libros de Actas existentes hasta esa fecha.

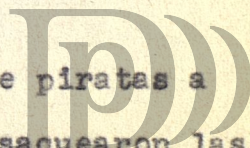
En 1538 otro francés, que había sido ahuyentado de Santiago por Diego Pérez, con su navio La Magdalena, se posesionó de La Habana durante quince días, quemando un bajel, saqueando el poblado, haciendo huir a sus moradores y llevándose las campanas de la iglesia. Según informe al Rey, enviado



por la Audiencia de Santo Domingo (), no fueron éstos los más graves y lamentables atropellos que realizó ese infiel pirata, sino principalmente el haber "ultrajado la imagen de San Pedro, colgándola a la puerta de una choza, donde sirvió de blanco para las naranjas que le tiraban los tripulantes del navío enemigo, cuyo protestantismo encontró desahogo satisfactorio en esta expresión del iconoclasmo tan en voga en Francia en esta época".

Jean Francois de la Roque, señor de Roberval, que ostentaba el cargo de Teniente General del Canadá, otorgado por Francisco I de Francia, y a quien los españoles conocían por Roberto Baal, después de asolar durante meses las Antillas, envió un patache al puerto de Santiago en 1543; pero no pudo realizar otra depredación que el robo de la mercancía a un navío allí anclado, siendo rechazado por la artillería que manejaba Andrés de Zamora. Mientras tanto, el propio Baal con cuatro galeotas, atacó La Habana, anclando sus embarcaciones frente a La Punta y desembarcando su gente por la caleta de San Lázaro; pero los vecinos de La Habana se armaron, logrando rechazar a los invasores con el auxilio de los fuegos de la primitiva fortaleza construída por Aceituno, reembarcando los piratas sin realizar daño alguno a la Villa, y con pérdida de más de quince hombres.

De 1543 a 1555 ocurrieron diversos asaltos de piratas a Baracoa, Trinidad y Santiago de Cuba. En 1546, saquearon las casas de la primera de dichas villas, aunque sin incendiarlas ni hacer daño a los vecinos, que se refugiaron en los montes cercanos. En 1552, un galeón español fué atacado al abordaje



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

por un jabeque francés, mas logró deshacerse del pirata, refugiándose en La Habana. En 1554, sufrió Santiago dos ataques de corsarios franceses; de uno de ellos, sólo fué víctima una carabela anclada en el puerto, procedente de Nombre de Dios, retirándose los piratas después de apoderarse de la nave con su cargamento, al observar los preparativos de defensa de los vecinos. En el otro asalto, realizado por Jacques de Sores, permaneció éste durante cerca de un mes en la Villa, limitándose a exigir rescate por los vecinos que apresó, entre ellos hasta el obispo Urango, y bajo amenaza de destruir las casas de la población. Durante su estancia, llegó a captarse las simpatías de algunos vecinos, que lo recibieron en sus casas; y respetó los objetos que se hallaban dentro del recinto de la iglesia, retirándose sin ser hostilizado, después de llevarse rico botín.

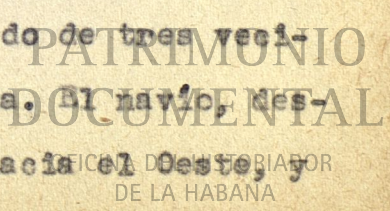
Uno de los más desastrosos asaltos que sufrió La Habana en el siglo XVI por parte de los piratas franceses, -que entonces, como consecuencia de la larga y enconada lucha entre Carlos V y Enrique II, asolaban las costas del Nuevo Mundo- fué el realizado en 10 de julio de 1555 por el famoso corsario Jacques de Sores, valiente y experimentado marino que había sido almirante con Francois le Clercq (Pié de Palo) y logrado renombre por sus arriesgadas y victoriosas hazañas en la Palma, las Indias, el Canadá y las Antillas, y del que, -según acabamos de ver- Cuba ya tenía vivo recuerdo por haber tomado y devastado el año anterior la ciudad de Santiago.

Gobernaba la Isla el Dr. Gonzalo Pérez de Angulo, primer Gobernador que hizo de La Habana su residencia oficial perma-

nente, y era Alcalde de la única pobrísima e inadecuada fortaleza, situada a trescientos pasos del sitio que ocupó después La Fuerza, el vecino de La Habana y Regidor de su Cabildo don Juan de Lobera, que ya en 1545-46 había hecho un viaje a España a fin de adquirir piezas y material de artillería para la dicha fortaleza, la que sólo poseía antes un cañón de 47 quintales de peso, llamado El Salvaje, una culebrina grande y cinco falconetas.

Ya sobre aviso, por noticias de la Corona, del peligro que amenazaba a La Habana, Juan de Lobera venía tomando a diario las precauciones del caso, que consistieron en el aumento de la ronda nocturna, la colocación de centinelas, día y noche, en El Morro, la obligación a todos los vecinos de andar siempre armados, al menos de espada, y otras disposiciones por el estilo. Hay que hacer constar que las fuerzas disponibles en La Habana para entrar en combate contra los piratas eran 16 hombres de a caballo y 65 de a pie, variadamente armados, según las fidedignas noticias, basadas en documentos originales existentes en el Archivo General de Indias en Sevilla, que nos da Irene A. Wright, en su obra tantas veces citada y de la que tomamos los principales datos para redactar estas líneas ().

Anunciado al amanecer del 10 de julio, por el vigía de El Morro, navío a la vista, se disparó el cañonazo convenido, se congregaron 12 hombres armados en la fortaleza a las órdenes de su Alcaide, y el Gobernador, acompañado de tres vecinos, todos a caballo, se presentó en la plaza. El navío, después de pasar la boca del puerto, continuó hacia el Oeste, y

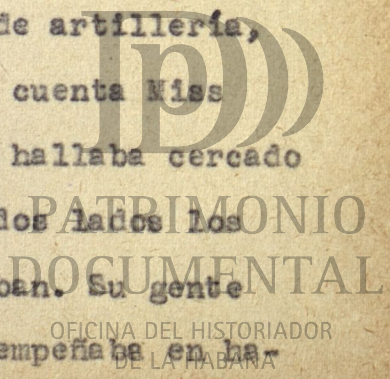


para conocer su rumbo e intenciones, lo siguieron a lo largo de la costa dos hombres a caballo, los cuales regresaron a galope tendido con la pavorosa noticia de que el bergantín había echado anclas en la caleta de Juan Guillén (San Lázaro), y se dirigía su gente, bien armada, sobre la población.

Apenas supo esto el gobernador Pérez de Angulo, salió huyendo con su familia hacia la aldea de indígenas de Guanabacoa, donde se refugió con varios Regidores y vecinos, poniendo a resguardo, también, algunos de sus muebles y otras pertenencias.

Ante la cobardía de Pérez de Angulo, Lobera se dispuso valientemente a resistir el ataque de los franceses, recriminando antes en una carta al Gobernador por su huida y pidiéndole auxilios.

Encerrado Lobera en la fortaleza con su gente, compuesta de españoles, mestizos y negros, más cuatro ballesteros y seis piezas de artillería, resistió tres ataques de Sorés, impidió, con la artillería, que tomaran puerto el bergantín y otro navío grande del pirata; derribó su bandera izada en la ermita de la población, y rechazó enérgicamente las demandas de rendición, aún después de incendiada parte de la fortaleza. Así se mantuvo, tocando a rebato por si venían auxilios de Pérez de Angulo, y disparando la pieza más grande de artillería, hasta la mañana del día siguiente. Pero nos cuenta Miss Wright- "al romper el alba vió Lobera que se hallaba cercado y se convenció de que estaba perdido. Por todos lados los franceses en buenas filas formadas, le rodeaban. Su gente protestaba contra Lobera, que muriese si se empeñaba en ha-



cerlo, pero que no la sacrificase a ella. Sus arcabuces estaban gastados y sus ballestas sin cuerda, y muertos dos de los cuatro ballesteros. Un artillero sostuvo una traidora conversación en alemán, con el enemigo. Sores, por su parte, preguntó si era loco el que mandaba esa fortaleza. Lobera se vió obligado a rendirse, pero lo hizo en condiciones honrosas; el francés le aseguró su vida y la de los suyos, y le dió palabra de respetar el honor de las mujeres. Lobera entregó veinte o veintidós personas; algunos negros y dos españoles habían escapado. El francés subió al terraplén y cubrió con la bandera de Francia la artillería que en tanto apreciaba Lobera. Exigió el botín, pero allí no había nada; del escritorio del Alcalde no obtuvo más que un anillo con una esmeralda y alguna vajilla de plata".

Puestos en libertad los niños y las mujeres, fueron encerrados los hombres en un aposento de las casas de Juan de Rojas, Regidor y hermano político de Juan de Lobera, donde el francés tenía su cuartel general; y se concertó una tregua para negociar con Pérez de Angulo el rescate de la población, que Sores hizo ascender a treinta mil pesos y cien cargas de pan casabi, ofreciéndole los españoles, con gran indignación del pirata, sólo tres mil ducados.

Pérez de Angulo no aceptó la tregua, y con 95 españoles, de los que 9 iban a caballo, 220 negros y 80 indígenas armados con piedras y palos, que pudo reunir de los alrededores y hasta de Matanzas, se dispuso a sorprender a los franceses mientras dormían u holgaban, lo que no logró por completo, pues los importunos gritos que lanzaron los indígenas permiti-

tieron a los franceses refugiarse en las casas y rechazar el ataque, matando Sores, por la traición que le habían hecho, a unas veinticinco personas, y estando a punto de perecer el propio Lobera, a quien soltaron después, explicada su inocencia en el ataque de Pérez de Angulo, aunque exigiendo por su rescate dos mil doscientos pesos, que reunieron sus amigos.

Reanudadas las negociaciones para el rescate de la población, éstas no tuvieron resultado feliz, pues Sores rechazó "los miserables mil pesos" que ofrecieron los habitantes, y le prendió fuego a la población, destruyéndolo todo, quemando las embarcaciones que había en el puerto y las estancias vecinas, colgando a los negros que en éstas laboraban y ultrajando las imágenes de los santos y las sagradas vestiduras. Perdiéronse también, en el incendio, los archivos del Cabildo habanero anteriores a 1550.

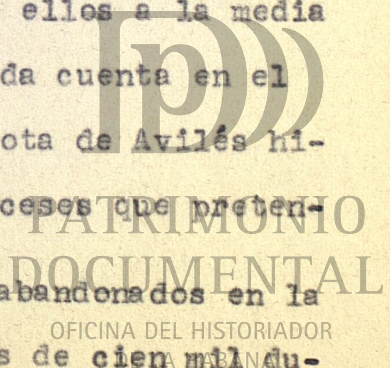
El cinco de agosto, a media noche y "con buena luna y próspero tiempo para desembarcar", se hizo Sores a la vela, dejando la Habana arrasada, y sus vecinos en la miseria, maldiciendo al hereje francés y renegando de su cobarde Gobernador.

Lobera partió poco después para España, "llevando credenciales extraordinarias en forma de narración épica hecha por el Cabildo de La Habana de la visita de Sores". ().

En 29 de septiembre, "día de Señor San Miguel por la mañana, a la hora que amanecía", se presentó en el puerto un batel con doce franceses, que fingieron ser españoles; y se apoderaron de una carabela que estaba anclada, llevándosela, así como su carga consistente en tres mil cueros, hacia el Mariel, donde tenían los piratas dos navíos más. En 4 de oc-

tubre entraron de nuevo en la bahía de La Habana con todos sus barcos y más de 50 hombres, saqueando las pocas pertenencias de los vecinos -cueros, principalmente- que aun quedaban en las derruidas casas. Aunque dejaron intactas las reconstrucciones que habían iniciado los vecinos, "quemaron y destruyeron las estancias que están cerca del pueblo", así como las de la otra banda del puerto, "y cautivaron algunas personas, hombres y mugeres españoles y algunos negros, y todos los rescataron, e hicieron otros muchos daños en la tierra: de suerte que la dexaron estos y los otros totalmente destruidas y pérdida". Dice Mazariegos que el jefe de estos piratas se llamaba Guillermo Mermí, era de la Rochela y traía 120 hombres, y abandonó el puerto el 23 de octubre ().

Durante el gobierno de Diego de Mazariegos, los piratas saquearon en 1558, la villa de Santiago, conformándose con exigir de sus míseros vecinos un pequeño rescate. En varias ocasiones estuvo La Habana amenazada de asaltos de piratas, que no llegaron a desembarcar gracias a la vigilancia mantenida por Mazariegos, en tierra, y a las flotas de Pedro de las Ruedas y de Pedro Menéndez de Avilés. El primero de estos capitanes dió combate hacia 1558 a los piratas, haciéndoles varios prisioneros, a quienes se obligó a trabajar en las obras de la fortaleza de La Habana, escapándose 12 de ellos a la media noche del 5 al 6 de abril de 1560, según se da cuenta en el cabildo de esta última fecha. En 1561, la flota de Avilés hizo huir en distintas ocasiones a barcos franceses que pretendieron asaltar La Habana. Uno de éstos dejó abandonados en la costa, cerca de Sagua, varios cajones con más de cien mil du-



cados en oro que Avilés pudo recoger.

Al abandonar Mazariegos la Isla, en 1565, fué víctima, frente al Mariel, de los piratas, que lo hicieron prisionero, exigiéndole rescate; pero enterado de ello el nuevo gobernador García Osorio, envió al sobrino de Avilés, Pedro Menéndez Márquez, en defensa de Mazariegos, logrando aquél abatir a los franceses y libertar al exgobernador.

Desde el asalto de Jacques de Sores, el gobernador Angulo y los señores Capitulares permanecieron en el pueblo de indios de Guanabacoa, donde no aparece que celebraran más que un cabildo, en 12 de diciembre de 1555, en que se acordó que "por cuanto en Matanzas estan tres navios que van para los reinos de Castilla é conviene mucho al servicio de Su Magestad é al bien desta tierra que Su Magestad é los Señores de su Real Consejo de las Yndias esten informados de la destrucción que los franceses hicieron en esta villa para que con brevedad se envíe socorro é remedio para fortificar el pueblo y fortaleza, é para esto conviene escribir por parte del Cabildo: é cometieron al Señor Juan de Ynistrosa Alcalde que escriba é ordene la carta notificando la necesidad grande que hay de remedio".

Ya en 1º de enero de 1556 aparece que se encontraban de nuevo en La Habana el gobernador Angulo y los señores Alcaldes y Regidores, pues en esta villa se celebró el cabildo de elecciones de esa fecha.

Varias son las Relaciones enviadas a S. M. refiriéndole los asaltos y saqueos de la villa de La Habana por los piratas franceses en 10 de julio, 29 de septiembre y 4 de octubre, (), por el Cabildo, por el gobernador Angulo, por

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

el alcaide de la fortaleza Juan de Lobera y por el gobernador Mazariegos. En la primera de las remitidas por el Cabildo, según acuerdo tomado en la fecha antes dicha, no se ataca la actuación del gobernador Angulo, lo que es natural, ya que éste firmó también, en unión de los señores Capitulares, la referida relación; pero sí se le censura rudamente en otra segunda y muy extensa Relación, considerándosele culpable del incendio de la Villa por Sores, pues además de haber huido cobardemente a Guanabacoa y realizado la desastrosa sorpresa a Sores, rompiendo el armisticio existente entre el pirata y los vecinos para negociar el rescate, se negó, también, a última hora, a rescatar el pueblo en los dos mil pesos que el francés exigió, a consecuencia de lo cual Sores le dió candela a la iglesia y casas de la Villa.

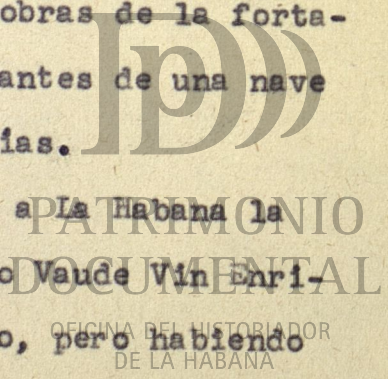
En 1568 el marino inglés John Hawkins, traficante de esclavos, oro, perlas, cuero y azúcar por estos mares de las Antillas, y a quien la reina Isabel de Inglaterra ennobleció, concediéndole escudo de armas que ostentaba "sobre unas olas de mar azuladas, un león de oro sobre fondo negro, en el cual se ven tres monedas también de oro, y por cimera el busto de un negro engalanado con joyas", fué sorprendido a la altura de La Habana por fuerte tormenta que le ocasionó averías gruesas a su nave capitana El Jesús.

Un pirata francés persiguió, el año 1576, hasta la misma entrada del puerto a un navio español, que logró ponerse en salvo, refugiándose en el interior de la bahía.

Francis Drake, discípulo y compañero de Hawkins, célebre en la historia de la marina inglesa, constituyó durante los

años de 1585 y 86 la preocupación y el terror de los gobernantes y vecinos de La Habana, al saberse de una proyectada incursión pirática de aquél a la villa, al frente de una escuadra de veinte y tres buques, con mil trescientos tripulantes, salida de Plymouth el 15 de septiembre del primero de dichos años, rumbo a América, para vengar la traición española que al escuadrón de Hawkins realizó Don Henríquez en San Juan de Ulloa; pero, afortunadamente para los habaneros, el temido corsario no llegó a atacar la población, aunque el 27 de mayo del 86 siete barcos ingleses persiguieron, frente a La Habana, infructuosamente, una goleta española cargada de palo campeche, que pudo guarecerse en el puerto, castigando a las naves enemigas los fuegos de La Punta y El Morro. Ese mismo día, a las tres de la tarde, catorce buques de Drake barloventearon frente a la población, y a la madrugada siguiente se presentó el resto de la escuadra, permaneciendo al paio hasta el 4 de julio, en que se dirigió rumbo al Noroeste, sin intentar ataque ni desembarco algunos. Una de las embarcaciones, al quedar rezagada, sufrió la captura por dos galeotas españolas, que la trajeron a La Habana con su tripulación. Si bien se trató de ahorcar a todos estos ingleses piratas, se les perdonó luego, por haber alegado que no habían ocasionado daño a la villa, obligándoseles únicamente a cooperar en las obras de la fortaleza. Igual suerte experimentaron los tripulantes de una nave pirata francesa, capturada también en esos días.

El 15 de junio de 1626 se presentó frente a La Habana la flota del corsario holandés Baodayno Enrico o Vaude Vin Enrique, en acecho de la flota española de México, pero habiendo



muerto su jefe el día 2 de julio, de fiebres contraídas al hacer escala en Cabañas, el oficial que lo sustituyó, al darse cuenta de lo bien fortificada que estaba La Habana, abandonó el sitio de la misma, dirigiéndose a Matanzas.

Otras naves holandesas trataron después, inútilmente, de asaltar la armada española que se dirigía a La Habana por el cabo de San Antonio, siendo defendida aquélla felizmente por el marino habanero Diego Vázquez de Hinostrosa, jefe de una armadilla.

Durante el gobierno del maestro de campo Lorenzo Cabrera Corbera sufrió horrible descalabro el convoy español de la plata mandado por Juan de Benavides Bazán, a manos de la poderosa flota holandesa de Piet Heyn, uno de cuyos escuadrones, de dieciséis buques, se estacionó frente a La Habana a mediados de 1628, y el otro escuadrón, de igual número de barcos, se dirigió a Pinar del Río, en espera ambos de la escuadra española. Al divisar ésta a los piratas, trató de alcanzar el puerto de Matanzas, varándose a su entrada la nave capitana y dos galeones y siendo apresadas otras embarcaciones por Heyn, quien se apoderó de los ocho mejores navíos y de los tesoros que llevaban a bordo, quemando los barcos que juzgaron inservibles. Durante más de dos semanas permaneció el pirata holandés a la vista de La Habana con su flota y los barcos españoles apresados, haciéndose a la vela rumbo a su patria el 15 de noviembre.

Otro muy temido marino y pirata holandés, Cornelio Cornelizoon Jool's (Pata de Palo), en los primeros meses del año

1631, trató en dos ocasiones de apresar la flota de México, situándose al efecto frente a La Habana durante varios días, sin lograr su propósito y ni siquiera la efectividad del bloqueo del puerto, pues en su segundo acecho burlaron aquél veintiséis buques españoles, y la escuadra de Tomás de Larraspuru pudo zarpar de La Habana en febrero de 1632, con cincuenta y ocho buques, portadores de más de ocho millones de pesos.

Nuevamente, el cuatro de septiembre de 1640, Pata de Palo, con una flota de treinta y seis velas, se situó a la vista de la ciudad; pero el huracán desencadenado el día 11 dispersó los barcos, embarrancando y destruyendo varios de ellos, muchos de cuyos tripulantes fueron hechos prisioneros y conducidos a La Habana, y el día 20, el jefe holandés envió un parlamento al Gobernador, solicitando el canje de prisioneros, lo que no fué aceptado, dirigiéndose Pata de Palo a Matanzas y desembarcando en ella, no sin causar algún daño a los vecinos. En el mes de octubre abandonó definitivamente nuestros mares.

Las últimas amenazas de ataques corsarios a La Habana tuvieron lugar durante los gobiernos de Juan de Salamanca y Francisco Dávila Orejón. El inglés David Manwell merodeó a la altura de La Habana en espera de convoyes españoles, que no se presentaron. Su discípulo, Henry John Morgan, que llegó a adquirir triste renombre por su desenfrenada crueldad, no obstante lo cual -o tal vez por ello mismo-, fué recompensado por el rey Carlos II de Inglaterra con el título de Caballero y el nombramiento de Comisario del Almirantazgo en Jamaica, después de varias depredaciones en Santiago y otros puertos antillanos y centro americanos, el 19 de marzo de 1668 se pre-

sentó a la vista de La Habana con el intento de asaltarla por la parte no fortificada, desembarcando para ello en Batabanó setecientos hombres, que se disponían a entrar por Jesús del Monte; pero, conociendo el pirata de los serios preparativos de defensa llevados a cabo por Dávila Orejón, abandonó la empresa, planeando entonces el ataque y saqueo de Puerto Príncipe, que sí pudo efectuar impunemente a fines de ese mismo mes de marzo.

Otras poblaciones de la Isla sufrieron también las amenazas y ataques de corsarios y piratas.

El 30 de marzo de 1586 el filibustero francés J. Richards apresó a la altura del cabo de San Antonio, una nave del español Casanova, llevándola a Manzanillo, donde pidió rescate a su dueño. Mientras se realizaban las negociaciones, Gómez de Rojas atacó a los filibusteros, matando a siete de estos y haciendo prisionero a Richards y a diez de sus hombres, todos los que fueron ahorcados. Al mismo tiempo el hijo de Richards trató de atacar a Santiago de Cuba, siendo derrotado, refugiándose en la isla de la Tortuga. Pocos días después cinco naves filibusteras atacaron a Santiago, incendiaron mas de cincuenta casas, profanaron las iglesias y se llevaron la artillería.

No faltó en la historia de la piratería, un mestizo cubano: el capitán Diego Grillo, discípulo de Drake, quien ya solo, ya en colaboración de otros piratas, realizó diversos ataques a puertos y embarcaciones, sin que afectaran a nuestra Isla.

El pirata francés Gilberto Girón asaltó el puerto de Manzanillo en 1604, apoderándose del obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano, en el hato de Yara, del canónigo Puebla y de otros vecinos, poniendo al primero en libertad mientras se negociaba su rescate. Pero el capitán Ramos logró levantar una tropa y asaltar a los piratas, exterminándolos, inclusive al propio Girón.

Bartolomé "el Portugués", realizó diversas depredaciones por las costas de Cuba de 1650 a 1653, siendo las poblaciones de Manzanillo y Trinidad las más afectadas. De 1653 a 1665 merodearon otros piratas individuales, de los cuales era el más audaz y bravo, Roc "el Brasiliano", que asoló nuestras costas, ocasionando daño y asesinando, especialmente, más que en busca de rico botín.

El francés Pedro Legrand, atacó y saqueó a Sancti Spiritus en 1666, 1667 y 1719; y el también francés Juan David Nau, "el Clonés" a Sagua la Grande en 1664 y a Remedios en 1668; Francois Grammont, en 1679, a Puerto Príncipe.

Trinidad fué objeto de diversos ataques: de John Springer, en 1675; de Charles Gant, en 1602; de Henry M. Jennings, en 1716.

() Traducido del inglés por Lino Novás Calvo, 1ª ed., Madrid, 1935, p. 5.

() Ob. cit., p. 165.

() Ob. cit., p. 11-12.

() Historia, cit., t. II, p. 76.

() Ob. cit., t. II, p. 82-83.

() Irene A. Wright, ob. cit., t. I, p. 13.

() Irene A. Wright, ob. cit., t. I, p. 13.

() Ob. cit., t. I, p. 24-30.

() Esta narración la constituyen las dos Relaciones... citadas repetidas veces por nosotros y que se encuentran publicadas en Colección de documentos inéditos... Segunda Serie publicada por la Real Academia de la Historia, t. VI, III, De la Isla de Cuba, cit., p. 364-375 y 386-427.

() "Relación enviada por Diego Mazariegos...", cit., en Colección de Documentos inéditos... Segunda Serie publicada por Real Academia de la Historia, t. VI, III, De la Isla de Cuba, cit., p. 364-375.

() Colección de documentos inéditos... Segunda Serie publicada por la Real Academia de la Historia, t. VI, III, De la Isla de Cuba, cit., p. 386-427.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA